

Si vis pacem, para bellum. *El Príncipe*, la Fortuna y la guerra

Manuel TIZZIANI
Universidad Nacional del Litoral
manueltizziani@gmail.com

RESUMEN

¿Es la guerra un camino hacia la paz? Este interrogante, que a ojos de Hannah Arendt no será más que un embuste de la cruzada militarista, resultará un tópico casi ineludible para todo aquel que emprenda la tarea de reflexionar filosóficamente acerca de la violencia, sus orígenes e implicancias. Nicolás Maquiavelo, imbuido en un universo de intrigas, guerras y avatares políticos, no será una excepción a esta regla. Es a él a quien dedicamos este estudio: basándonos en *El Príncipe*, analizaremos en un primer apartado la centralidad de los conceptos de *virtú*, Fortuna y ocasión. Más tarde, ensayaremos una reflexión respecto de las observaciones que Maquiavelo realiza en torno a la cuestión de la guerra. Nuestro objetivo final no es otro que el de intentar desentrañar y comprender cuál ha de ser, en la versión del florentino, la relación entre un príncipe virtuoso y las armas.

PALABRAS CLAVE: *Fortuna, virtud, ocasión, guerra, violencia, leyes.*

ABSTRACT

Is war a way to peace? This question, which in the eyes of Hannah Arendt will be no more than a falsehood of the militaristic crusade, will prove to be a topic almost unavoidable for anyone to undertake the task of thinking philosophically about violence, its origins and implications. Niccolò Machiavelli, imbued with a universe of wars, intrigue, and political ups and downs, will not be an exception to this rule. It is to him whom we dedicate this study: based on *The Prince*, in the first section we analyze the centrality of the concepts of *virtù*, Fortune and occasion. Later, we rehearse a reflection on the observations Machiavelli performs around the issue of war. Our ultimate objective is none other than trying to unravel and understand what should be, in the version of the Florentine, the relationship between a virtuous prince and armies.

KEYWORDS: *Fortune, virtù, occasion, war, violence, laws.*

“Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum”.

Vegecio, *Epitoma institutorum rei militaris*

“Puesto que el fin es, en todos los sentidos, mucho más noble y provechoso que los medios que le son subordinados, se debe estimar más la paz que la guerra; ésta no se hace sino para obtener aquella”.

La Mothe Le Vayer, *Dialogues faits à l'imitation des anciens*

1. Quieres la paz, prepara la guerra

En la introducción a su ensayo *Sobre la revolución*, editado por primera vez en 1962, Hannah Arendt señala la relevancia y actualidad que por ese entonces habían adquirido dos fenómenos políticos particulares: la revolución y la guerra. Desde allí, en orden a

establecer las premisas de su texto, afirma que ambos acontecimientos poseen a la violencia como “una especie de común denominador”, como una marca distintiva que los emparenta. Ahora bien, en tanto que “la política es entendida [por Arendt] en abierta contraposición con la guerra y la violencia, como la acción y el diálogo entre iguales”¹, es decir, en tanto que el ideal que sustenta su concepción es la *polis* griega² definida como el espacio de la palabra y la razón, sus opuestos, el silencio y la violencia³ -y también, en consecuencia, la revolución y la guerra-, devienen fenómenos marginales al *orbe* político⁴. “Arendt participa de la confianza liberal en el diálogo infinito como vía regia para la solución de los asuntos públicos”⁵, nos dice Jorge Dotti, y es precisamente esa confianza la que parece inducirla a señalar que la violencia no es sino un fenómeno que debe ser remitido hacia los márgenes. No obstante, si bien Arendt afirma que la revolución y la guerra comparten este signo característico que los aparta del resto de los fenómenos políticos, eso no debe conducirnos a trazar una inequívoca identidad entre ambos acontecimientos; por el contrario, pues aun cuando ambos se sirven de un mismo medio, no poseen un mismo fin: mientras la revolución posee por objetivo la materialización de la libertad y la emancipación de los hombres a partir de la creación de un *novus ordo saeculorum*, el objetivo de la guerra es, a sus ojos, completamente diferente⁶. Es en ese

¹ A. DI PEGO, “Poder, violencia y revolución en los escritos de Hannah Arendt. Algunas notas para repensar la política”, *Argumentos. Nueva Época*, 52 (2006), p.104. Al respecto, véase también C.HILB, “Violencia y política en la obra de Hannah Arendt”, *Sociológica*, 47 (2001), 11-44.

² “En ésta [i.e. en la *polis*], el sentido de lo político, pero no su fin, era que los hombres trataran entre ellos en libertad, más allá de la violencia, la coacción y el dominio, iguales con iguales, que mandaran y obedecieran sólo en momentos necesarios -en la guerra- y, si no, que regularan todos sus asuntos hablando y persuadiéndose entre sí”. H. ARENDT, *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997, 69.

³ “A este silencio se debe que la violencia sea un fenómeno marginal en la esfera política, puesto que el hombre, en la medida en que es un ser político, está dotado con el poder de la palabra. Las dos famosas definiciones que dio Aristóteles del hombre (el hombre como ser político y el hombre como ser dotado con la palabra) se complementan y ambas aluden a una experiencia idéntica dentro del cuadro de vida de la polis griega”. H. ARENDT, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988, 19.

⁴ “No podemos dejar de señalar que el hecho de que tanto la revolución como la guerra no sean concebibles fuera del marco de la violencia, basta para poner a ambas al margen de los restantes fenómenos políticos. Apenas puede negarse que una de las razones por las cuales las guerras se han convertido tan fácilmente en revoluciones y las revoluciones han mostrado esta nefasta inclinación a desencadenar guerras es que la violencia es una especie de *común denominador* de ambas”. H. ARENDT, *Sobre la revolución*, 18. Algunos años más tarde, al justificar los motivos que dieron origen a *On violence*, Arendt volverá sobre esta idea: “Estas reflexiones han sido provocadas por los acontecimientos y debates de los últimos años, vistos en la perspectiva del siglo XX que ha resultado ser, como Lenin predijo, un siglo de guerras y revoluciones y, por consiguiente, un siglo de esa violencia a la que corrientemente se considera su denominador común”. H. ARENDT, *Sobre la violencia*. Madrid, Alianza Editorial, 2006, 9.

⁵ J. DOTTI, “Arendt y la Revolución”, *Revista Punto de Vista*, 45 (1993), 36.

⁶ “En contraste con la revolución, el propósito de la guerra tuvo que ver en muy raras ocasiones con la idea de libertad”. H. ARENDT, *Sobre la revolución*, 12. Si bien Arendt no lo hace explícito, dado el contexto

contexto, o a partir de esa búsqueda, que orienta su mirada hacia los teóricos romanos. Y desde allí señala: “Debemos dirigirnos a la antigua Roma para encontrar las primeras justificaciones de la guerra y la idea, expresada por primera vez, de que existen guerras justas e injustas”⁷. Ahora bien, ¿cuáles eran las apreciaciones de los latinos al respecto? ¿Qué criterio utilizaban para distinguir una guerra justa de una que no lo era? En concreto, ¿cuáles eran las causas susceptibles de justificar la legitimidad de una campaña militar? “[Según] dijo Tito Livio: *Iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est*”⁸. Justa es la guerra cuando es necesaria, y sagradas las armas cuando no hay esperanzas sin ellas.

Desde la perspectiva de Arendt -aunque, a decir verdad, este enfoque quizás podría también ser atribuido a todas las teorías políticas poskantianas que centran su mirada en las acciones comunicativas-, es decir, desde esa confianza en el diálogo infinito a la que nos remite Dotti, y sin dudas, también atravesada por una experiencia personal de amarga persecución y forzado exilio, la autora no parece confiar demasiado en esta máxima clásica; por el contrario, lejos de expresar su simpatía, la considera un engaño más de la cruzada militarista. En ese marco, refiere a otra *opinio communis* que los clásicos sostenían en relación con la guerra: que su finalidad principal radica en alcanzar la paz.

En verdad, la idea de que la paz es el fin de la guerra y que, por consiguiente, toda guerra es una preparación para la paz, es cuando menos tan antigua como Aristóteles, y la pretensión de que el propósito de una carrera armamentista es conservar la paz es incluso anterior, tan antigua como el descubrimiento de los embustes de la propaganda⁹

de producción del texto, es decir, por citar algunos, luego de ser testigo de dos Guerras Mundiales, del Holocausto judío y en pleno desarrollo de la Guerra Fría, la autora parece estar pensando que el fin de la guerra, lejos de ser la emancipación y la libertad, es la aniquilación total. Es esa desmedida y acelerada tecnificación de la violencia al margen de cualquier tipo de meta política racional, tan propia del siglo XX, la misma que denuncia cuando escribe estas palabras: “Hay, sin embargo, otro factor en la actual situación que, aunque no previsto por nadie, resulta por lo menos de igual importancia. El desarrollo técnico de los medios de la violencia ha alcanzado el grado en que ningún objetivo político puede corresponder concebiblemente a su potencial destructivo o justificar su empleo en un conflicto armado”. H. ARENDT, *Sobre la violencia*, 9.

⁷ H. ARENDT, *Sobre la revolución*, 13. Cabe señalar que el creador de la expresión “guerra justa” es en realidad Aristóteles: “phusei dikaion touton onta ton polemon”. *Pol.* 1256b26.

⁸ H. ARENDT, *Sobre la revolución*, 13. Al respecto, véase CICERÓN, *Los oficios*, España, Espasa Calpe, 2003, I, XI, 38-40.

⁹ H. ARENDT, *Sobre la revolución*, 16. Con el objetivo de señalar la importancia del cambio de paradigma, el cual ha llevado a considerar que el objetivo principal de la política no radica en lograr la paz mediante la guerra sino, ante todo, en impedir que el conflicto armado tenga ocasión de desatarse, Arendt afirma a renglón seguido: “Pero lo importante es que hoy en día la evitación de la guerra constituye no sólo el

Ahora bien, más allá de todas estas consideraciones iniciales -a las que hemos recurrido, como se verá en lo sucesivo, principalmente como un punto de contrastación, proferidas por Arendt desde una perspectiva filosófica explícita, y desde una experiencia histórica atravesada por los acontecimientos del siglo XX¹⁰, el objetivo de nuestro trabajo es ensayar una reflexión acerca de la cuestión de la guerra a partir de un autor del renacimiento tardío que, al menos a primera vista, parece encontrarse en las antípodas de Hannah Arendt. Un autor, que, como intentaremos mostrar a continuación, parece no haber experimentado mayores reticencias para aceptar validez de las conclusiones aportadas por los clásicos en torno a la guerra, y al legítimo uso de la violencia como herramienta política. Dicho de otro modo, la validez de aquellas expresiones por medio de las cuales se considera que la paz y la estabilidad del Estado son extremadamente precarias sin el sostén de las armas.

El autor al que nos referimos es Nicolás Maquiavelo (1469-1527), y el texto a partir del cual intentaremos realizar nuestro análisis será *El Príncipe* -o, según su título original, *De Principatibus*¹¹-, es decir, de acuerdo a la interpretación de su traductor castellano, “esa obra casi de circunstancia que le daría en poco tiempo y a través de los siglos la más grande notoriedad, constituyéndose en eje de polémicas y de interpretaciones disímiles sobre su sentido en cuanto a la conquista y mantenimiento del poder”¹².

propósito verdadero o simulado de toda política general, sino que ha llegado a convertirse en el principio que guía la propia preparación militar”.

¹⁰ En este sentido, en relación a las observaciones que Maquiavelo realizó acerca de la violencia, otro autor que ha conocido muy bien los avatares políticos del siglo XX, señala lo siguiente: “Al evaluar la economía de la violencia de Maquiavelo, es fácil criticarla como producto de la admiración de un técnico por los recursos eficaces. A un siglo como el nuestro, que ha presenciado la eficiencia sin paralelo desplegada por los regímenes totalitarios en el empleo del terror y la coacción, le resulta difícil ser tolerante a este respecto”. S.WOLIN, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2001, 241. Cabe aquí realizar una salvedad: si bien Maquiavelo admite que la violencia es uno de los pilares fundamentales del orden, él mismo distingue entre una violencia ordenadora y una violencia destructiva. Así, en manos poco idóneas, el recurso a la violencia, lejos de resultar beneficioso para la comunidad se convierte en un instrumento de extremo peligro. Al respecto, véase N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2003, I, IX, 81-83. Hemos consultado también la reciente edición italiana de los *Discursos* realizada por Francesco Bausi: *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Edizione Nazionale delle opere di Niccolò Machiavelli, Roma, Salerno, 2001, 2 vols.

¹¹ Hemos tenido a la vista dos versiones de esta obra: la edición italiana de Mario Martelli (*De principatibus*, Edizione Nazionale delle opere di Niccolò Machiavelli, Roma, Salerno, 2006), y la traducción castellana realizada por Roberto Raschella (*El Príncipe*, Buenos Aires, Losada, 2003), a la cual pertenecen nuestras referencias.

¹² R. RASCHELLA, “Introducción”, *Discursos*, 11. La cuestión en torno a la datación de *El Príncipe* ha hecho correr ríos de tinta. En 1923, Friedrich Meinecke (1862-1954) afirmó que el libro fue compuesto en dos etapas, cuya primera época sería aquella a la que se refiere la célebre misiva enviada por Maquiavelo a

El camino que habremos de recorrer será el siguiente: en el apartado que sigue analizaremos la relación que puede establecerse entre dos de los conceptos centrales de la obra de Maquiavelo: el de *virtú* y el de Fortuna. A ese análisis, que realizaremos con el apoyo de algunos intérpretes clásicos¹³, sumaremos también el concepto de “ocasión”, pues consideramos que sin tener en cuenta esta tercera pieza no nos sería posible reconstruir y elucidar todos los elementos que, una vez trazado el marco general, puedan permitirnos dar un nuevo paso. El paso que nos conduzca hacia la interpretación de aquellos textos en los que nuestro autor refiere al particular vínculo que, a sus ojos, deberá existir necesariamente entre un príncipe *virtuoso* y las armas.

2. Fortuna, *virtú*, ocasión

Maquiavelo comienza *El Príncipe* con una serie de subdivisiones. En primer término señala que en el transcurso de la historia los hombres han conocido dos tipos de gobierno, o de

Francesco Vettori, el 10 de diciembre de 1513, en la que el secretario florentino narra haber compuesto un opúsculo titulado *De Principatibus*, y que se correspondería con los once primeros capítulos de la obra; capítulos iniciales a los cuales Maquiavelo habría añadido progresivamente los restantes. Pocos años después, Federico Chabod (1901-1960), discípulo de Meinecke, respondió a esta interpretación afirmando que el texto habría sido escrito de un tirón entre julio y diciembre de 1513. Por su parte Mario Martelli (1925-2007) y Francesco Bausi (1960) han sostenido que la composición podría haberse alargado hasta 1517-1518, posición que ha sido rechazada por Gennaro Sasso (1928) y Giorgio Inglese (1958), quienes afirman que la redacción se habría extendido, como muy tarde, hasta 1514. Los nombres y fechas referidos aquí son sólo una pequeña indicación de una controversia que comenzó en la década de 1920 y que todavía sigue abierta.

Otra cuestión sobre la que también se ha debatido largamente refiere a las intenciones de Maquiavelo. Al respecto, algunos exégetas han sugerido que, luego de haber formado parte del gobierno de la ciudad de Florencia como segundo secretario de la cancellería entre 1498 y 1512, y habiendo caído en desgracia luego del derrumbe del orden que tenía como figura más destacada a Piero Soderini, el objetivo que Maquiavelo habría perseguido mediante la redacción de este tratado -que bien podría ser resumido como un manual de gobierno para el príncipe nuevo- no habría sido otro que el de ganar el favor de los Médicis, logrando así algún puesto político destacado en la nueva organización de la ciudad. Claude Lefort (1924-2010), por su parte, se muestra renuente a aceptar la interpretación de *El Príncipe* como un texto ocasional, escrito bajo la presión de los acontecimientos y sólo a lo fines de congraciarse con Lorenzo de Médicis. Este tipo de interpretaciones, señala el francés, atentan contra nuestra posibilidad de alcanzar el verdadero sentido presente en la obra: según su mirada, la revelación de los mecanismos desnudos del poder, las fuerzas que operan al nivel de la institución de lo social, en el ámbito propio de *lo político*.

¹³ En particular, Q. SKINNER, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, y J. POCOCK, *The Machiavellian Moment*. Princeton, Princeton University Press, 1975 (existe traducción castellana: *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002). Otras interpretaciones clásicas que podrían destacarse son las de G. SASSO, *Niccolò Machiavelli: Storia del suo pensiero politico* Bologna, Il Mulino, 1992; ID., *Machiavelli e gli antichi e altri saggi*, 4 vols., Milano-Napoli, Ricciardi, 1987-97 o C. LEFORT, *Le Travail de l'œuvre, Machiavel*, Paris, Gallimard, 1972. Entre los estudios recientes de mayor resonancia podrían señalarse los de M. MARTELLI, *Saggio sul Principe*, Roma, Salerno, 1999, E. CUTINELLI, *Introduzione a Machiavelli*, Roma, Laterza, 1999, F. BAUSI, *Machiavelli*, Roma, Salerno, 2006 y G. INGLESE, *Per Machiavelli. L'arte dello stato, la cognizione delle storie*, Roma, Carocci, 2006.

estado: los principados y las repúblicas. A su vez, los principados, a los que dedicará este tratado en particular¹⁴, pueden ser de dos clases: o hereditarios o nuevos; y estos últimos, del mismo modo, pueden ser o parcial (en caso de un Imperio que realiza una nueva conquista y anexa un nuevo territorio) o completamente nuevos. En relación a la adquisición de estos, finalmente, Maquiavelo señala que pueden haber sido conquistados con las armas propias, o con las ajenas; por virtud, o por fortuna. Ahora bien, más allá de todas las disquisiciones iniciales, es allí donde el autor centrará toda su atención, “pues es el principado nuevo donde se encuentran las dificultades”¹⁵; y es allí mismo donde nosotros deseamos detenernos por un momento, pues esas dificultades a las que refiere Maquiavelo atañen principalmente a esa “antítesis en torno a la cual gira el argumento de *El Príncipe*”¹⁶: la antítesis entre Fortuna y *virtú*.

Como ha señalado Quentin Skinner, el concepto de *Fortuna* -que adoptará su forma latina a partir del griego de *tyche*- posee una larga historia antes de Maquiavelo. Ya en la antigüedad clásica, los moralistas romanos realizaron innumerables reflexiones acerca de ella. Éstos, lejos de interpretarla como una fuerza inexorable de carácter nocivo respecto del devenir humano, la consideraban una diosa bondadosa. Una diosa con la cual debía procurarse entablar amistad, a los fines de alcanzar los beneficios que ella es capaz de prodigar; principalmente, la gloria y el honor. Ahora bien, ¿cómo podían alcanzar los hombres esos beneficios?, ¿cómo podían lograr que la diosa los mirase con buenos ojos? La respuesta a esta pregunta parece sencilla, pues “aunque la Fortuna es una diosa, también es una mujer; y puesto que es una mujer, se siente ante todo atraída por el *vir*, el

¹⁴ A diferencia de los *Discursos*, en donde Maquiavelo parece reflexionar principalmente sobre las características del gobierno republicano, en *El Príncipe* concentrará toda su atención en la forma de gobierno monárquica. No obstante ello, cabe señalar que las opiniones de los especialistas también difieren acerca de esta cuestión. Para considerar un resumen de las posiciones que se han sostenido en torno a las semejanzas, diferencias, o posibles vínculos que pueden hallarse entre ambas obras de Maquiavelo, véase R. RASCHELLA, “Introducción”, *Discursos*, 19-23. En este sentido nos interesa destacar, por la afinidad con nuestra propia lectura, la tesis defendida por Miguel Ángel Granada, para quien se da una íntima unidad conceptual entre ambas obras: “*El Príncipe* y los *Discorsi* son solidarios y contienen una misma filosofía política que encuentra una formulación mucho más articulada y completa en los *Discorsi*, la obra fundamental de Maquiavelo”. M. A. GRANADA, “La filosofía en el Renacimiento: Maquiavelo y las utopías”, en V. CAMPS (ed.), *Historia de la ética. 1. De los griegos al Renacimiento*. Barcelona, Crítica, 2006, 545.

¹⁵ *El Príncipe*, III, 65.

¹⁶ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 37.

hombre de verdadera hombría”¹⁷. La Fortuna, según los autores clásicos, se siente atraída por la virilidad, por la audacia, por la valentía; en una palabra, por la *virtud*.

Con la irrupción del cristianismo en la historia occidental, las reflexiones acerca de esta cuestión parecen haber dado un giro sustancial. En tal sentido, este nuevo punto de vista, que será “expresado en su forma más ceñida por Boecio en *La consolación de la Filosofía*, se basa en la negación del supuesto de que la Fortuna esté dispuesta a dejarse influir”¹⁸. La Fortuna, desde esta nueva perspectiva, deviene una rueda inexorable, una fuerza ciega respecto de las acciones -tanto viciosas como virtuosas- que los hombres pudieran realizar con el objetivo de ganar su favor¹⁹. Ahora bien, a pesar de que esta concepción cristiana parece haber ejercido una gran influencia durante un extenso período, llegando incluso a dominar en las concepciones de autores tardo-medievales y renacentistas como Dante o Petrarca, será el humanismo de ese mismo Renacimiento el que conduzca hacia el redescubrimiento de la prístina concepción de la Fortuna. Poco a poco, de la mano de los autores clásicos, la diosa bajará nuevamente de los cielos a la tierra.

En ese contexto, cuando se repasan las reflexiones que Maquiavelo realiza -por ejemplo, a lo largo del penúltimo capítulo de *El Príncipe*-, se llega a la conclusión de que si bien conoció esta opinión común entre los cristianos, según la cual la Fortuna es

¹⁷ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 40. John Pocock posee un juicio similar: “This opposition [entre Fortuna y virtud] was frequently expressed in the image of a sexual relation: a masculine active intelligence was seeking to dominate a feminine passive unpredictability which would submissively reward him for his strength or vindictively betray him for his weakness. *Virtus* could therefore carry many of the connotations of virility, with which it is etymologically linked; *vir* means man”. J. POCOCK, *The Machiavellian Moment*, 37.

¹⁸ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 41. Pocock se distancia aquí de Skinner. A diferencia de éste, aquél señalará que si bien la Fortuna será emparentada con la providencia divina a partir de *La Consolación* de Boecio, y que, en tal sentido, puede ser entendida como una potencia indiferente a las acciones humanas, todavía existe un modo oponerse a ella, o al menos de resistirla. Así, la virtud, en este nuevo escenario que plantea Boecio, antes que expresarse a través de la actividad y de la acción política, será definida a partir de la contemplación, y la filosofía: “the *vita contemplativa* had replaced politics and the *vita activa* at the core of the moral life”. J. POCOCK, *The Machiavellian Moment*, 39.

¹⁹ Cabe señalar que por esta época la Fortuna se alejó de los hombres en la misma medida en que se acercó a Dios. No sólo Boecio la emparentó con la Providencia divina; también Marsilio Ficino fue partidario de esta opinión. Así, según lo señala Carlo Altini, lo que este autor comúnmente llamo Fortuna “no es sino un conjunto de acontecimientos que son desconocidos sólo *para el hombre*, no ciertamente para la providencia divina, que, incluso, los tiene bajo su querer: para el gobierno de las cosas fortuitas, nada parece ser más útil que el conocimiento del orden divino de las cosas”. C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía. Maquiavelo, Hobbes, Spinoza y otros modernos*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2005, 77.

indiferente respecto de las acciones de humanas²⁰, sus consideraciones acerca de la cuestión “nos los revelan como un típico representante de las actitudes humanistas”²¹. Pues, aun cuando en ocasiones -según declara- él mismo parece haberse sentido inclinado a esa opinión condensada en los textos de Boecio, señala sin embargo, que “para que nuestro libre arbitrio no quede anulado, juzgo como verdadero que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también ella nos deja gobernar a nosotros la otra mitad, o casi la otra mitad”²².

La fortuna es, según la imagen que Maquiavelo nos transmite en el capítulo XXV de *El Príncipe*, similar a un río impetuoso; un torrente de agua que va ganando fuerza a medida que avanza, y que cuando se encoleriza es capaz de arrasarlo con todo lo que encuentra a su paso. Una fuerza ante la que todos huyen; un ímpetu ante el que todos ceden “sin poder resistir en lado alguno”²³; un furor frente al que todo se doblega, menos la virtud; o mejor dicho, el príncipe virtuoso. Él tiene, o debe tener, no sólo la audacia de enfrentarse a dicha fuerza, sino la perspicacia y la inteligencia de preverla. El príncipe virtuoso es, en tal sentido, aquel que debería ser capaz de detectar las dificultades en el momento mismo de su nacimiento, cuando ese potencial torrente es todavía un pequeño hilo de agua. Aun más, el verdadero líder político no es sólo quien debe tener la habilidad de detectar ese nacimiento, sino también quien debe preverlo antes de que sobrevenga, ofreciéndole resistencia antes de verse sobrepasado por la situación²⁴: es un sagaz *ingeniero* que, conociendo las estaciones y los períodos en los que el río crece y desborda sus márgenes habituales, construye los canales y las represas capaces de contener su

²⁰ Maquiavelo mismo es quien señala estar al tanto de estos razonamientos: “Y no se me oculta que muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas del mundo están así gobernadas por la fortuna y por Dios, de modo que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, y más aún, ellas no tienen remedio alguno. Por esta razón, podrían juzgar que no hay motivo para esforzarse en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte”. *El Príncipe*, XXV, 157.

²¹ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 44.

²² *El Príncipe*, XXV, 157.

²³ *El Príncipe*, XXV, 157.

²⁴ “Los príncipes, no solamente han de cuidar los desórdenes presentes, sino también los futuros, tratando de impedirlos con toda su habilidad porque, previéndolos antes, es fácil remediarlos. En cambio, si se espera a tenerlos encima, la medicina no llegará a tiempo, porque la enfermedad se ha vuelto incurable... Algo semejante sucede en los asuntos del estado; si [los males] se conocen con anticipación (y esto es dado a una persona prudente), los males que nacen de él se curan rápido. Pero si no se los conoce y se los deja crecer de tal modo que todos los conocen, ya no hay remedio posible”. *El príncipe*, III, 69-70. En sus *Discursos*, Maquiavelo señalará como otra *regla política* que si el mal no ha sido detectado de manera tardía y, por tanto, ha logrado desarrollarse hasta alcanzar una dimensión según la cual ya no se es capaz de extinguirlo, se debe intentar contemporizar y negociar con él, antes que intentar oponérsele. Véase *Discursos*, I, XXXIII.

potencialidad destructiva. Pues, “con la fortuna sucede lo mismo [que con los afluentes de agua]: ella muestra su poder donde no hay virtud organizada para resistirle, y entonces dirige sus ímpetus hacia donde sabe que no se han construido los diques y los espigones capaces de contenerla”²⁵. De hecho, señala Maquiavelo al potencial destinatario de su tratado, las “defensas son buenas, ciertas y duraderas solamente cuando dependen de ti mismo y de tu virtud”²⁶, por el simple motivo que “aquel príncipe que se apoya íntegramente en la fortuna, cae según ella cambia”²⁷.

En tal sentido, John Pocock señalará que “si la política es el arte de lidiar con los eventos contingentes”, más en particular será el arte de lidiar con la Fortuna, entendida ésta como la “fuerza que dirige esos eventos, y simboliza en forma pura”²⁸ esa casi imprevisible e incontrolable contingencia. La *virtú*, asimismo, si bien no es definida por Maquiavelo²⁹ de un modo categórico y determinante, puede ser caracterizada a partir de una atenta lectura de sus textos, y en particular de *El Príncipe*. Arriesgando una definición provisional, ella podría ser caracterizada como la capacidad que debe poseer aquel que accede -o busca acceder- al poder para oponerse a la Fortuna; como la habilidad de presagiarla y de contrarrestarla a partir de la previsión y la prudencia. En términos de Carlo Altini, la virtud, tal como la presenta Maquiavelo, es un concepto “cuyo sentido y valor es exclusivamente efectual”³⁰; es decir, que puede ser reducido a un conjunto de sugerencias de índole práctica que, siendo indiferentes a los criterios de justicia e injusticia, buscan antes que nada el éxito político. Una interpretación similar nos ofrece Skinner, quien la define como “el conjunto de cualidades capaces de hacer frente a los vaivenes de la Fortuna, de atraer el favor de la diosa y remontarse en consecuencia a las alturas de la fama principesca, logrando honor y gloria para sí mismo y seguridad para su propio gobierno”³¹.

²⁵ *El Príncipe*, XXV, 158.

²⁶ *El Príncipe*, XXIV, 156.

²⁷ *El Príncipe*, XXV, 158.

²⁸ J. POCKOCK, *The Machiavellian Moment*, 156.

²⁹ “A lo largo de todo el desarrollo de los *Discursos* y de *El Príncipe*, Maquiavelo juega con la ambigüedad del término *virtú*: en muchos pasajes se hace difícil establecer los varios matices que el término contiene en sí; entre moral, política y religión, por un lado, y coraje, inteligencia y moderación por otro”. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 83.

³⁰ C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 83.

³¹ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 54. A diferencia de esta interpretación propuesta por Skinner, Lefort sostiene que el príncipe no sólo debe poseer un conjunto de cualidades que le permitan aliarse a la Fortuna aprovechando la ocasión propicia. Lo que principalmente necesita -y he ahí, según Flynn, “la dimensión

Ahora bien, si la *virtú* puede ser definida de un modo negativo como la capacidad de lidiar con los avatares de la Fortuna; desde la otra cara de la moneda, desde una perspectiva positiva, aquella puede ser entendida como la habilidad de aprovechar las oportunidades que ésta señala. La Fortuna no sólo aporrea a los príncipes; también puede ser su aliada, siempre y cuando ellos -principalmente los nuevos³²- sepan anticiparse a sus movimientos, y aprovechar cada una de las *ocasiones* que ella pone frente a sus ojos. En tal sentido, al referirse a los principados nuevos que se han conquistado, no por la exclusiva fortuna ni con la ayuda de armas ajenas, sino por medio de los ejércitos propios, y por la virtud, Maquiavelo señala lo que sigue:

Para referirnos a aquellos que se convirtieron en príncipes por virtud propia y no por fortuna, digo que los más notables son Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo y semejantes. [...] Y, al examinar sus acciones y sus vidas, no vemos que hayan tenido de la fortuna otra cosa que la *ocasión*, que les proporcionó la materia donde pudieron introducir la forma que mejor les parecía; y sin esa ocasión, la virtud de sus ánimos se habría extinguido, y sin esa virtud, la ocasión se habría presentado en vano³³.

más novedosa de la lectura de Maquiavelo hecha por Lefort” (B. FLYN, *Lefort y lo político*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, 46)- es comprender la lógica propia y universal sobre la cual se sostiene toda institución política: el deseo de oprimir y mandar que poseen los poderosos y el deseo de no ser oprimido ni sometido que expresa el pueblo llano. Si tenemos en cuenta que este conflicto, explícito en el capítulo IX de *El Príncipe*, es constitutivo de la política y, por tanto, inextinguible, la virtud principal del príncipe consistirá en encontrar los medios más eficaces para armonizar este conflicto, estableciendo una alianza con algunas de las dos facciones. Y no perdiendo de vista, sin embargo, la latente posibilidad de un recrudecimiento de los antagonismos.

³² Resulta evidente, a juicio de Maquiavelo, que quienes se encuentran más expuestos a toda clase de enemigos, y a los avatares propios de la Fortuna, son los príncipes nuevos; es decir, quienes pretenden fundar orden político: “Debe tenerse en cuenta que nada hay más difícil de tratar, nada más dudoso de conseguir, nada más peligroso de conducir, que hacerse promotor en la introducción de nuevas instituciones, porque el innovador tiene como enemigos a todos los que sacaban provecho de las viejas instituciones y tiene tibios defensores entre los que se verían beneficiados por las nuevas” *El Príncipe*, VI, 81. Pocock, comentando estos pasajes, dirá que los príncipes que han heredado su reino han sido ya legitimados por la tradición, y se han vuelto por ello relativamente invulnerables a la fortuna, precisando muy poco de la “extraordinaria” virtud que sí precisan, en forma necesaria, los príncipes nuevos. Véase J. POCOOCK, *The Machiavellian Moment*, 158.

³³ *El Príncipe*, VI, 79-80; el subrayado es nuestro. Moisés es un personaje recurrente en las reflexiones de Maquiavelo; de hecho, es uno de los personajes históricos acerca de los cuales el secretario florentino expresa sus mayores elogios. Wolin ha señalado al respecto una explicación con la que acordamos plenamente. Ha dicho, apoyándose en el capítulo X del libro I de los *Discursos*, que conforme lo que expresa el propio Maquiavelo, “la actividad política tiene, como la religión, su hagiología, su jerarquía de santos integrada por quienes han utilizado creativamente el poder. La primera categoría correspondía a los fundadores de las religiones; la siguiente, a quienes habían establecido reinos y repúblicas; venían luego, en orden de excelencia, los generales, hombres de letras y, por último, los que se habían destacado en cualquiera de las artes”. S. WOLIN, *Política y perspectiva*, 241. En ese marco, Moisés, siendo a la vez el

¿Qué es pues, la *ocasión*? “El rostro que la fortuna ofrece a la virtud humana para que ésta muerda a la realidad”³⁴. Un agente catalizador, una situación histórica determinada en la cual -o, más bien, una serie de acontecimientos diversos en los cuales- la *virtú* del príncipe es puesta a prueba. El líder político, y en particular el príncipe nuevo, que posea esta virtud excepcional de reconocer y dominar la ocasión, sin dudas tendrá muchas más posibilidades que aquellos otros que no poseen esas habilidades. Por ello mismo, será capaz de conservarse por mucho más tiempo en el poder³⁵, y de ennoblecer y hacer próspera a su patria³⁶. Aún más, según indica el florentino, quien posea la doble capacidad de reconocer la ocasión y de adaptarse a los tiempos, mudando de naturaleza conforme se modifican las circunstancias, alcanzará la más excelsa prosperidad, y difícilmente conocerá el infortunio³⁷. Pues la causa de la caída que han sufrido innumerables príncipes “está solamente en la cualidad de los tiempos, que se conforman o no con su modo de proceder”³⁸. De lo que se trata, en definitiva, es de poseer esta camaleónica cualidad de adaptarse a los cambios de la propia fortuna, a la mutación de las circunstancias, a los sucesos imprevistos. De ser precavido cuando así lo requiere el mundo, y de no dudar en lanzarse de lleno a la acción cuando eso indica la prudencia, pues “el hombre precavido

profeta de una las más influyentes religiones de la historia y el fundador de un nuevo estado, ha devenido uno de los más excelsos líderes políticos que ha conocido la humanidad.

³⁴ R. RASCHELLA, “Prólogo”, *El Príncipe*, 19

³⁵ “Digo entonces que en los principados totalmente nuevos, donde hay un príncipe nuevo, las dificultades para conservarlos dependen de la mayor o menor virtud de quien los adquiere. Y como el hecho de convertirse de simple ciudadano en príncipe presupone virtud o fortuna, parece que una u otra mitigaran en parte muchas dificultades; sin embargo, el que menos se ha valido de la fortuna ha conservado más tiempo el poder”. *El Príncipe*, VI, 79.

³⁶ Como señala el propio Maquiavelo al referirse a Moisés, Ciro y Rómulo: “Estas ocasiones, por lo tanto, hicieron a estos hombres felices, y la virtud excepcional de dichos hombres hizo que la ocasión fuera reconocida: así, cada patria resultó ennoblecida y conoció la prosperidad”. *El Príncipe*, VI, 80.

³⁷ “Creo que es próspero aquel que armoniza su modo de proceder con los caracteres de los tiempos. Y que, de igual modo, no es próspero el que tiene un proceder discordante con los tiempos” *El Príncipe*, XXV, 158. Algunas páginas más adelante Maquiavelo vuelve sobre esta misma idea: “Concluyo entonces que si la fortuna cambia y los hombres permanecen obstinados en sus procedimientos, ellos prosperan mientras la una y los otros concuerdan, y no prosperan cuando entran en discordia” *El Príncipe*, XXV, 160. Similares reflexiones pueden encontrarse en el capítulo IX del libro III de sus *Discursos*, titulado “De la necesidad de cambiar con los tiempos si se quiere tener siempre buena fortuna”.

³⁸ *El Príncipe*, XXV, 158 Maquiavelo reconoce, sin embargo, la extrema dificultad, o hasta la imposibilidad de que los hombres alcancen esta mutación: “No hay hombre tan prudente que sepa adaptarse a este hecho, ya porque no puede desviarse de aquello a que su propia naturaleza lo inclina, ya también porque al haber prosperado siempre recorriendo un único camino, no se puede convencer de la necesidad de apartarse de él”. *El Príncipe*, XXV, 159.

que cuando es el momento de actuar con ímpetu, no lo sabe hacer, sucumbe; y si se mudara de naturaleza con los tiempos y las cosas, nunca cambiaría de fortuna”³⁹.

Resumiendo: la *ocasión* es la materia que se brinda al líder político a los fines de que ejerza su virtud. Virtud que, a su vez, posee dos caras: una de índole pasiva, por medio de la cual el hombre virtuoso puede amoldarse a los variados designios de la Fortuna; la otra, de carácter activo, por medio de la cual es susceptible de reconocer las circunstancias en las que debe aventurarse, es decir, arriesgarse a introducir en la realidad (entendida como materia) una forma determinada⁴⁰. Maquiavelo no es un partidario del fatalismo -la mitad de los sucesos pertenecen a la fortuna, la otra mitad, o casi, a nosotros- que caracterizaba la posición de Boecio; por el contrario, deja bien en claro que la historia, antes que a aquellos que se mantengan ineludiblemente en la cautela⁴¹, pertenecerá a los intrépidos, a los audaces (pues “con el ímpetu y la audacia, muchas veces, se consigue lo que con medios ordinarios nunca se conseguiría”⁴²), a los valerosos, a los hombres *virtuosos* que se atrevan, cuando la ocasión lo propicia, a oponerse a la fortuna⁴³, a dominarla. Pues, como ya habían señalado los autores clásicos⁴⁴, la fortuna es mujer y sólo el auténtico *vir* será capaz de vencerla:

Yo creo una cosa: es mejor ser impetuoso que precavido, porque la fortuna es mujer, y si se quiere tenerla sumisa, resulta necesario castigarla y golpearla. Y es evidente que ella se deja vencer más por éstos y no por quienes actúan fríamente. Por eso, siempre, como

³⁹ *El Príncipe*, XXV, 159.

⁴⁰ Al respecto, Cassirer señala: “Maquiavelo explica cuáles son las reglas tácticas que deben aplicarse a esta gran batalla permanente contra el poder de la Fortuna. Estas reglas son muy complicadas, y no es cosa fácil aplicarlas apropiadamente. Contienen, en efecto, dos elementos que parecen excluirse mutuamente. El hombre que quiera mantenerse a pie firme en esta lucha tiene que combinar en su carácter dos cualidades opuestas. Tiene que ser tímido y valeroso; reservado e impetuoso. Tan sólo esta mezcla paradójica puede darle la esperanza de lograr la victoria”. E. CASSIRER, *El Mito del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 191.

⁴¹ “Las decisiones lentas y tardías no son menos nocivas que las ambiguas”. *Discursos*, II, XV, 250.

⁴² *Discursos*, III, XLIV, 442.

⁴³ “Es la contingencia la que decide en buena parte, es la «ocasión» y la tarea del buen político consiste en verla y aprovecharla, confiando en la «fortuna», pero no encomendándose a ella. Y de esta trama de fortuna, virtud y ocasión se puede dar el carácter esencial de la política”. RASCHELLA, “Introducción”, *Discursos*, 27.

⁴⁴ “Maquiavelo vuelve a la concepción pagana, a la de los griegos y romanos. Pero, por otro lado, introduce un elemento nuevo de pensamiento y sentimiento que es específicamente moderno. Es cierta la idea de que la Fortuna rige al mundo; pero es cierta a medias nada más. El hombre no está sometido a la Fortuna; no está a merced de las olas y los vientos. Debe elegir y gobernar su rumbo. Si deja de cumplir ese deber, la Fortuna se burla de él y lo abandona”. E. CASSIRER, *El Mito del Estado*, 190.

mujer, es amiga de los jóvenes, que son menos precavidos, más fieros, y la dominan con mayor audacia⁴⁵.

Y quizás no exista modo más elocuente de mostrarse ante la Fortuna como un auténtico *vir* que a través de la destreza en el uso de las armas. De hecho, según puede leerse en muchos pasajes de la obra del florentino, sería difícil poner en duda que el arte que requiere más audacia, valentía y vigor es aquel que se practica en los dominios de la milicia⁴⁶. Es por eso que, según dirá, antes que cualquier otra cosa, el príncipe que desee alcanzar el éxito sobre la Fortuna, deberá ser un estadista militar; comandante de ejército.

3. El poder de las armas

“La fortuna muestra todo su poder sobre todo cuando las acciones políticas no son conducidas por el hombre de virtud: el único modo apropiado de controlar los signos de la fortuna reside en la perspicaz preparación política y militar”⁴⁷, señala Carlo Altini. A nuestro modo de ver, tiene muy buenas razones textuales en las cuales apoyarse. Como dijimos, ya en el capítulo I de *El Príncipe* Maquiavelo traza una tajante distinción entre aquellos que han conquistado el poder por medio de la fortuna, o las armas ajenas, y aquellos otros que lo han hecho merced a su propio ejército, o a su propia virtud⁴⁸. Ésta es una distinción básica, sin grises, pues, como él mismo señala, “entre el príncipe que está armado y el que está desarmado no hay analogía alguna”⁴⁹. Y no existe analogía, en

⁴⁵ *El Príncipe*, XXV, 160. Maquiavelo, sin embargo, parece haber oscilado entre esta posición, según la cual la fortuna puede ser dominada merced a una gran fiereza de ánimo, y una posición más cautelosa, o menos optimista respecto de las capacidades del hombre para dominar dicha fuerza. Al respecto escribirá en sus *Discursos*: “Pero afirmo nuevamente que es cierto, según lo que se ve por todas las historias, que los hombres pueden secundar a la fortuna y no oponérsele, pueden tejer urdimbres y no romperlas. Pero nunca deben abandonarse, porque no saben su fin, y como la fortuna anda por caminos oblicuos e incógnitos, siempre deben tener esperanzas y, así, esperando, no abandonarse, sean cuales sean su fortuna o los trabajos en que se encuentren”. *Discursos*, II, XXIX, 304.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, el párrafo inicial del “Prólogo” a *El Arte de la Guerra* (Buenos Aires, Claridad, 2007), donde Maquiavelo contrapone la *virilidad* de la vida militar -materializada en “sus costumbres y hábitos, en su voz y presencia”- y el carácter poco *viril* que, al menos para los miembros del ejército, posee la vida civil.

⁴⁷ C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 85.

⁴⁸ “Y los dominios así adquiridos... se adquieren con las armas de otro, o con las propias, gracias a la fortuna o a la virtud”. *El Príncipe*, I, 63.

⁴⁹ *El Príncipe*, XIV, 116.

tanto y en cuanto el primero posee la autonomía⁵⁰ que le brinda el ser el arquitecto de que ideo los cimientos sobre los que se sostiene su poder, mientras que el segundo debe su lugar a los favores -en nada gratuitos, por cierto⁵¹- que otros han podido hacerle, o a un inesperado -y por eso mismo, tan endeble como efímero- guiño de la Fortuna⁵². En ese sentido, según lo expresa el secretario, si un príncipe carece de buenos fundamentos, más temprano que tarde conocerá su ruina. Ahora bien, ¿cuáles son los cimientos sobre los cuales debe erigir un príncipe su estado si desea sostenerse durante largo tiempo en el poder y hacer prósperos sus dominios? “Los principales fundamentos que deben poseer todos los estados, y tanto los nuevos como los viejos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas. Y, dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas debe haber buenas leyes”⁵³, es necesario, ante todo, que un estado posea un ejército poderoso; una milicia capaz de garantizar el orden y la organización. Y el príncipe que se precie de tal “no debe tener otro objeto ni otra preocupación, ni cultivar otro arte fuera de la guerra y su organización y dirección, porque éste es el único arte que compete a quien manda”⁵⁴. Como dirá algunos años más tarde en las páginas iniciales de *El Arte de la Guerra*:

Todas las artes que se organizan en una civilización por el bien común de todos los hombres, todas las instituciones en ella establecidas para vivir en el temor de Dios y de las leyes, serían vanas si no estuvieran preparadas para su defensa; la cual bien organizada mantiene a aquéllas, aun cuando no estén bien organizadas. Por el contrario, las buenas instituciones, sin ayuda militar, se desorganizan como las habitaciones de un soberbio

⁵⁰ “Y para aclarar mejor este punto, diré que pueden sostenerse por sí mismos los que en virtud de la abundancia de hombres y de dinero, pueden organizar un ejército poderoso como para dar batalla a quienquiera que los ataque”. *El Príncipe*, X, 100.

⁵¹ Pues, al fin y al cabo, “las armas de los otros se te caen de los hombros, te pesan o te aprietan”. *El Príncipe*, XIII, 114.

⁵² “Aquellos que solamente por fortuna se convierten de particulares en príncipes, lo logran con poco esfuerzo, pero deben hacer mucho para mantenerse en el poder. No tienen ninguna dificultad en el camino, pues parece que volaran, pero todas las dificultades nacen si son instalados en el poder”. *El Príncipe*, VII, 83.

⁵³ *El Príncipe*, XII, 106.

⁵⁴ *El Príncipe*, XIV, 116. Maquiavelo volverá sobre esta misma idea en *El Arte de la Guerra*. Allí señalará que es precisamente en dicho campo donde es necesario que quien domina tome decisiones inmediatas que le permitan aprovechar al máximo cada ocasión de fortalecerse contra la Fortuna: “Porque los reinos bien instituidos no dan a sus reyes el imperio absoluto sino sobre los ejércitos; porque es el único lugar donde son necesarias decisiones inmediatas”. *El arte de la guerra*, I, 19.

palacio real que, aunque ornadas de gemas y de oro, cuando al carecer de techo, no tuvieran nada que las protegiese de la lluvia⁵⁵.

Las leyes y la religión, dos elementos indispensables para el sostenimiento de las sociedades según las expresiones del propio Maquiavelo, pierden toda su capacidad de ordenamiento y cohesión social sin el apoyo de un disciplinado ejército, sin una milicia organizada que sea capaz de garantizar su cumplimiento, o de reprimir debidamente su desobediencia⁵⁶. De sostener, si es necesario por la fuerza y la violencia, la organización del estado. Pues, como señala Maquiavelo, lo que comúnmente muchos no advierten es “que donde hay una buena milicia, suele haber una buena organización, y raras veces sucede también que allí no haya buena fortuna”⁵⁷. Es por eso mismo, por el valor que las armas poseen en esta lucha incesante por vencer a la ineludible contingencia, que “los príncipes que no están dispuestos a la guerra son débiles”⁵⁸. Pues, el *arte de la guerra* es una actividad que resulta imposible de pensar más allá de su íntima relación con la política, con el estado, y, fundamentalmente, con el príncipe; quien encontrará su ruina si rehúsa hacerse cargo de dicha tarea, si declina dirigirla.

Es en los capítulos de *El Príncipe* referentes a la milicia en donde Maquiavelo señala algunas de las implicancias más importantes entre guerra y política. En ese marco, señala que los príncipes poseen dos modos de combatir: “uno con las leyes, otro con la fuerza”⁵⁹. El primero resulta más loable y es propiamente el que corresponde a los seres humanos, mientras que el segundo -que, al menos a primera vista, no parece digno de elogio- es característico de las bestias. Pero dado que al príncipe “el primero muchas veces

⁵⁵ *El arte de la guerra*, Prólogo, 7-8. En los *Discursos* también podemos encontrar reflexiones del mismo talante: “Y aunque otra vez se haya dicho que el fundamento de los estados es la buena milicia, y que si esta no existe no puede haber leyes buenas ni ninguna otra cosa buena, no me parece superfluo repetirlo...” *Discursos*, II, XXXI, 416.

⁵⁶ De hecho, según parece sugerir el propio Maquiavelo, la milicia no sólo es capaz de garantizar el orden y la armonía social, sino incluso de contribuir a regenerar una sociedad corrupta: “Allí donde la materia no está corrompida, los tumultos y los escándalos no suceden y, donde está corrompida, las leyes bien ordenadas no sirven, si no están movidas por alguien que con extrema fuerza las haga observar tanto que la materia resulte buena”. *Discursos*, I, XVII, 107. Y si en esa regeneración, a un líder político no le son suficientes los medios ordinarios, le será “necesario recurrir a los extraordinarios, como la violencia y las armas”. *Discursos*, I, XVIII, 111.

⁵⁷ *Discursos*, I, IV, 63. Como indica Miguel Ángel Granada: “Maquiavelo ha llegado al convencimiento de que la base para la conservación de todo Estado, con independencia de su forma, es la combinación de prudencia y armas”. M. A. GRANADA, “La filosofía en el Renacimiento: Maquiavelo y las utopías”, 550.

⁵⁸ *Discursos*, I, XIX, 113.

⁵⁹ *El Príncipe*, XVIII, 128.

no [le] basta, [también le] conviene recurrir al segundo”⁶⁰. Es una suerte de exigencia fatal la que en muchas ocasiones indica al gobernante la urgencia de recurrir a medios de combate propios de las bestias. Y cuando ello ocurre, sugiere Maquiavelo, de entre todas las *estrategias bestiales*, el líder político “debe elegir al zorro y al león, porque el león no se defiende de las trampas y el zorro no se defiende de los lobos. Entonces, es necesario ser zorro para conocer las trampas, y león para intimidar a los lobos”⁶¹. Como ya hemos indicado, el príncipe que desee evitar los infortunios debe reunir en sí características muy variadas: debe ser fuerte y al mismo tiempo astuto; feroz, cuando así lo requieran las circunstancias; sigiloso, cuando la Fortuna lo demande⁶². Pues es “algo muy cierto que raramente, o nunca, los hombres de escasa fortuna llegan a puestos importantes sin la fuerza y sin el engaño”⁶³. Así pues, si la necesidad apremia y no hay otro modo de salir airoso, el príncipe debe anteponer lo útil a lo honesto: “Se puede parecer clemente, fiel, humano, íntegro, religioso y también serlo, pero es preciso tener el ánimo preparado para que, si fuera necesario no serlo, se pueda y se sepa adoptar la cualidad contraria”⁶⁴. Es claro, como dirá Michel de Montaigne algunos años más tarde, que existen determinadas ocasiones en las que “el bien público requiere que se traicione y que se mienta y que se asesine”⁶⁵.

Dos más son los consejos que Maquiavelo brinda a los líderes políticos en relación con el arte militar: el primero, que piensen constantemente en la guerra, aun en los tiempos en los que reina la paz y la concordia; el segundo, que formen un ejército propio, y eviten por todos los medios alistar en sus tropas a soldados mercenarios y auxiliares. La primera máxima responde a un hecho que enseña la experiencia histórica, la cual “demuestra que los príncipes, cuando han pensado más en las delicias de la vida que en

⁶⁰ *El Príncipe*, XVIII, 128.

⁶¹ *El Príncipe*, XVIII, 128. El ejemplo histórico al que recurre Maquiavelo para fundamentar su lección acerca de necesidad de usar las máscaras del zorro y el león es el del emperador romano Septimio Severo. Luego de relatar brevemente su historia, el florentino concluye: “Quien examine entonces atentamente sus acciones, verá en él un ferocísimo león y astutísimo zorro”. *El Príncipe*, XIX, 137. Es clara, por otra parte, la inversión teórica que implican las aseveraciones de Maquiavelo respecto de las que Cicerón había realizado en su *De Officiis*, donde éste había señalado: “De dos maneras se puede caer en la injusticia: o con violencia o con engaño. La primera es más propia de leones, la segunda de astutas zorras, y ambas muy ajenas de la generosidad del hombre, pero más aborrecible la última”. CICERÓN, *Los oficios*, I, XIII, 42.

⁶² “La clave de un gobierno pleno de éxito está en reconocer la fuerza de las circunstancias, aceptando lo que la necesidad dicta, y armonizando el propio comportamiento con los tiempos”. Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 58.

⁶³ *Discursos*, II, XIII, 246.

⁶⁴ *El Príncipe*, XVIII, 129.

⁶⁵ M. MONTAIGNE, *Los ensayos*, Barcelona, Editorial El Acantilado, 2007, III, 1, 1181.

las armas, han perdido sus estados”⁶⁶. Es por eso mismo que un príncipe verdaderamente prudente y virtuoso “jamás debe alejar su pensamiento de este ejercicio de la guerra, y en la paz habrá de ejercitarse en él más que en los tiempos de guerra”⁶⁷ ; cosa que puede hacer de dos modos: o mediante las acciones, o mediante la reflexión. Siguiendo el ejemplo de Filopémenes (233-183 a.C.), aquel monarca de los aqueos que aun “en los tiempos de paz sólo pensaba en los modos de la guerra”⁶⁸, nunca un príncipe debe permanecer ocioso respecto de este arte, ni siquiera cuando la calma parece haberse establecido definitivamente. Por el contrario, debe mantenerse activo mediante ejercicios especulativos, y estudiar con muchísima atención lo que los relatos antiguos consignan al respecto. Es allí donde hallará los ejemplos a seguir, los modelos a imitar: Alejandro, Aquiles, César, Escipión. El príncipe virtuoso debe atesorar esas historias “a fin de poder valerse de ellas en las adversidades; de modo que, al cambiar la fortuna, se encuentre preparado para resistirla”⁶⁹.

En cuando a la segunda cuestión, Maquiavelo señala que del mismo modo en que un príncipe que no se prepara para la guerra en forma constante es sumamente vulnerable a las variaciones de las circunstancias, un monarca que no posee un ejército propio no cuenta con ningún resguardo cierto. Su situación es completamente endeble, insegura: “Ningún príncipe está seguro si no tiene armas propias. Mas aún, queda totalmente sujeto a la fortuna, al no haber virtud que lo defienda con lealtad en las adversidades”⁷⁰. Las armas mercenarias y auxiliares son completamente inútiles a juicio del secretario, pues ninguna de ellas podrá realmente poner al príncipe y al estado en resguardo contra la Fortuna; por el contrario, como lo muestran los ejemplos de Roma y de Esparta, sólo las armas empuñadas por los propios ciudadanos son las indicadas para enfrentar los avatares

⁶⁶ *El Príncipe*, XIV, 116. Maquiavelo parece estar señalando no sólo la experiencia histórica del pasado, sino también la de su propio presente; la de -a sus ojos- la disoluta realidad italiana. Al respecto, casi al final de su tratado sobre la guerra, señala: “Nuestros príncipes italianos, antes de recibir los golpes de las guerras ultamontanas, creían que a un príncipe le bastaba con saber pensar desde los escritorios una respuesta aguda, escribir una hermosa carta, mostrar en las palabras y dichos agudeza y rapidez, saber urdir un engaño, adornarse con gemas y oro, dormir y comer con mayor esplendor que los demás, rodeado de lujuria, comportarse con avaricia y soberbia ante sus súbditos, corromperse en el ocio, conceder graciosamente los rangos de la milicia, despreciar a quien le muestra una vida loable, pretender que sus palabras son respuestas de oráculos; los desdichados no se daban cuenta de que se preparaban para ser presas de quien los atacara”. *El arte de la guerra*, VII, 174-175.

⁶⁷ *El Príncipe*, XIV, 116-117.

⁶⁸ *El Príncipe*, XIV, 117.

⁶⁹ *El Príncipe*, XIV, 118.

⁷⁰ *El Príncipe*, XIII, 115.

de la contingencia, garantizando, al mismo tiempo, el orden y la estabilidad interna del estado -v.g. protegiendo al príncipe de las conjuras-, y la defensa respecto de las amenazas de los enemigos externos⁷¹.

El príncipe, como bien indica otro atento lector de Maquiavelo, Johann Gottlieb Fichte, debe “estar siempre en situación de poder obtener lealtad y buena fe por la fuerza, lo que presupone que debe mantenerse como el más fuerte”⁷²; es decir, como aquel único actor que monopoliza bajo sus órdenes la violencia legítima y su uso⁷³. Es por eso que no sólo debe poner todos sus esfuerzos en organizar un ejército propio, sino, incluso, en palabras de Maquiavelo, “debe ir personalmente, cumpliendo él mismo el oficio de capitán”⁷⁴. Ese será el único modo de hacerse dueño de la gloria que consigan sus propios ejércitos, evitando que ninguno de sus generales adquiriera mayor reputación y sea capaz de disputarle el poder por medio de una sublevación, y precaviéndose, también, de volverse ingrato ante los ojos de sus súbditos si no recompensa como es debido a quienes dan la vida en su nombre⁷⁵.

⁷¹ Así lo dice Maquiavelo: “Las armas al hombro de tus ciudadanos y súbditos, entregadas por las leyes y el orden, nunca hicieron daño, por el contrario, siempre son útiles y las ciudades se mantienen más tiempo íntegras con armas que sin ellas. Roma estuvo libre cuatrocientos años y estaba armada; Esparta, ochocientos; muchas otras ciudades han estado desarmadas y fueron libre menos de cuarenta años.” *El arte de la guerra*, I, 27. Como señala Skinner (*Maquiavelo*, 51), Maquiavelo lleva este argumento a favor de las tropas propias hasta esta paradójica y “extravagante afirmación”: “Por lo tanto, los príncipes prudentes siempre han evitado estas armas [i.e. las mercenarias y las auxiliares] y han recurrido a las propias, prefiriendo *perder a vencer con ellas* y no vencer con las ajenas, y juzgando que una victoria, gracias a estas últimas, no es una verdadera victoria”. *El Príncipe*, XIII, 113. El subrayado es nuestro. Maquiavelo vuelve sobre esta cuestión en el capítulo XX del libro II de sus *Discursos*, titulado: “Qué peligros corre el príncipe o la república que se valen de la milicia auxiliar o mercenaria”.

⁷² J.G. FICHTE, “Sobre Maquiavelo como escritor y pasajes de sus obras”, en *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 1986, 102

⁷³ Como dirá algunos años más tarde Thomas Hobbes, al referirse a los derechos que detenta el soberano: el monopolio del poder que posee el titular de la soberanía incluye no sólo todas las medidas necesarias para garantizar la estabilidad interna del Estado, que es su principal labor, sino también, la potestad de hacer la guerra y concertar la paz: “Y puesto que el fin de esta institución [soberana] es la paz y defensa de todos, y que quien tiene derecho al fin tiene derecho a los medios, pertenece por derecho al hombre o Asamblea con soberanía ser juez tanto para los medios de paz como para los de defensa, y también en los obstáculos y perturbaciones de esto mismo, y hacer todo cuanto considere necesario hacer de antemano para la preservación de la paz y la seguridad, temiendo la discordia en casa y a hostilidad en el exterior. [...] Es anexo a la soberanía el derecho de hacer la guerra y la paz con otras naciones o república; esto es, de juzgar cuando es por el bien público y qué grandes fuerzas deben ser reunidas, armadas y pagadas a tal fin”. T. HOBBS, *Leviatán*, Buenos Aires, Losada, 2003, I, XVIII, T.1, 168-170.

⁷⁴ *El Príncipe*, XII, p.107.

⁷⁵ “Si un príncipe quiere evitar esta necesidad de vivir con sospecha o de mostrarse ingrato, debe ir personalmente a las expediciones, como hacían al principio los emperadores romanos y como hace en nuestros tiempos el Turco, y también como hicieron y hacen quienes son virtuosos. Porque, si vence, la gloria es ajena, no parece que pueda aprovechar la conquista si no despoja a los otros de la gloria que él no

4. Armas a la mano

Llegando al final, debemos volver un paso atrás; dar un giro y volver nuestros ojos sobre una pregunta que resulta clave para hacer inteligible el recorrido que hemos transitado: ¿por qué, de acuerdo a la concepción de Maquiavelo, es necesario que el príncipe virtuoso disponga del -o, más bien, monopolice el- control de las armas? La respuesta parece simple: porque ellas son el único medio capaz de resguardarlo contra la Fortuna, y de garantizar el orden y la estabilidad de su gobierno, tanto en el ámbito externo como en el ámbito interno⁷⁶. Pues, como dijimos, el líder político no sólo se encuentra expuesto a los vaivenes de la diosa, o a la guerra que puedan iniciarle sus enemigos extranjeros, sino también porque debe cuidar y garantizar la buena organización de los asuntos que lo atañen hacia el interior de sus dominios. Muchos son los príncipes que han muerto a manos de sus propios súbditos como para no prestar suma atención a las posibles conjuras⁷⁷.

Por otra parte, y fundamentalmente, el príncipe debe poseer todo el poder de represión necesario a causa de una presuposición básica; una presuposición que da origen y se encuentra en el fundamento mismo del Estado moderno: la de la malignidad de los hombres. Pues, según señala Maquiavelo, como han sabido indicar quienes han reflexionado acerca de esta cuestión a lo largo de la historia, y como esa misma historia nos muestra a través de sendos ejemplos, a todo aquel que ordene un estado y disponga sus leyes “le resulta necesario *presuponer que todos los hombres son malos*, y que siempre usarán la malignidad de sus almas cada vez que tienen ocasión de hacerlo”⁷⁸. Así, dado que “los

ha sabido ganarse y si se vuelve ingrato e injusto, es más lo que pierde que lo que gana”. *Discursos*, I, XXX, 130.

⁷⁶ “Un príncipe debe tener dos temores: uno, interno, respecto de los súbditos; otro, externo, ante los extranjeros poderosos. De este último se defiende con las buenas armas y con los buenos aliados, y si tiene buenas armas tendrá buenos aliados. Por el otro lado, los asuntos internos se mantendrán siempre estables si también lo están lo externos, a no ser que fueran perturbados por una conjura”. *El Príncipe*, XIX, 131-132.

⁷⁷ Es elocuente la extensión que Maquiavelo dedica a esta cuestión en sus *Discursos*, y no menos elocuente la justificación de la reflexión acerca de estas maquinaciones internas: “No me ha parecido que debiera dejar de lado el razonar sobre las conjuras, siendo ello algo tan peligroso para los príncipes y los particulares. Porque vemos que son muchos más los príncipes que han perdido la vida y el estado por conjuras que por guerra abierta, en cuanto pocos pueden hacerle la guerra abierta a un príncipe, pero cualquiera puede conjurar contra él”. *Discursos*, III, VI, 332.

⁷⁸ *Discursos*, I, III, 62. El subrayado es nuestro. Al referirse a estas reflexiones sobre la malignidad de los hombres, Fichte dirá: “En una palabra, el Estado como institución coercitiva, los presupone [a los hombres] así necesariamente y sólo este presupuesto funda la existencia del Estado... Para expresar lo

hombres siempre resultarán malos si una necesidad no los vuelve buenos”⁷⁹, y presuponiendo que nuestra condición natural es un estado de guerra de todos contra todos, “se admite que la seguridad es un bien común”⁸⁰. Siendo el objetivo alcanzar la seguridad, y bajo la sospecha de que la maldad humana emergerá sin demora allí donde merme el control y la amenaza de castigo -ya sea temporal, ya sea eterno-, la opresión y la violencia, lejos de ser características distintivas de las sociedades atrasadas o despóticas, devienen la condición necesaria de cualquier orden social.

El hombre es malo por naturaleza. Ahora bien, como señala Carlo Altini, “la maldad significa egoísmo, no pecado”⁸¹; significa que el único bien natural que el hombre persigue es el bien propio. En tal sentido, el egoísmo no es, intrínsecamente, una característica censurable; por el contrario, puede ser incluso, guiado por la prudencia del hombre virtuoso, un elemento de sumo provecho. Es más, si se mira con detenimiento, “el bien común de los súbditos es directa consecuencia de un calculado egoísmo”⁸² por parte del príncipe: éste, procurando “proteger sus propios intereses en un mundo sombrío en el que la mayoría de los hombres no son buenos”⁸³, y deseando alcanzar el honor y la gloria⁸⁴ mediante el engrandecimiento de sus territorios, deberá disponer todas las medidas necesarias para garantizar el orden y la estabilidad del estado⁸⁵. Deberá establecer las leyes que le permitan alcanzar dichos fines⁸⁶, y resguardar su cumplimiento mediante la fuerza de las armas, pues, “le guste o no al pueblo, la legalidad y la paz deben

mismo de otra forma: el Estado, como institución coercitiva, presupone la guerra de todos contra todos, y su fin es producir al menos la apariencia exterior de paz e incluso en el caso de que el odio de todos contra todos y de que las ganas de abalanzarse los unos contra los otros estuviesen anclados permanentemente en el corazón, el Estado debe impedir que este odio y estas ganas penetren en los hechos”. J. G. FICHTE, “Sobre Maquiavelo como escritor”, 95-96.

⁷⁹ *El Príncipe*, XXIII, 154.

⁸⁰ C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 158

⁸¹ C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 158

⁸² C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 159

⁸³ Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 56

⁸⁴ “La consecución del honor y gloria mundanos es el más alto de los fines para Maquiavelo”. Q. SKINNER, *Maquiavelo*, 47

⁸⁵ Como señala el propio Maquiavelo, un príncipe no debe vacilar en ese objetivo ante ningún escollo, ni siquiera si para ello tiene que utilizar ciertos “vicios sin los cuales difícilmente podría salvar al estado. Porque, si examina todo bien, encontrará alguna cosas que parece virtud y que sin embargo, en caso de seguirla, sería su ruina, y alguna otra que parece vicio y siguiéndola le dará seguridad y bienestar”. *El Príncipe*, XV, 120

⁸⁶ “Maquiavelo responde a la ambigua pregunta socrática “¿qué es la ley?” simplificándola: la ley se vuelve voluntad del legislador... El problema no es ya más el problema platónico de la relación entre el orden de las leyes y la virtud, sino antes bien el problema práctico entre el orden de las leyes y la seguridad o, mejor, entre el poder político y el control social”. C. ALTINI, *La fábrica de la soberanía*, 82

imponerse”⁸⁷. En una palabra, el príncipe virtuoso es aquel capaz de garantizar la paz mediante la constante preparación de la guerra⁸⁸.

⁸⁷ J. G. FICHTE, , “Sobre Maquiavelo como escritor”, 97

⁸⁸ En contraposición al negativo juicio de Hannah Arendt respecto de esta proposición, indicado en el inicio de nuestro trabajo, Maquiavelo señala: “Hay aquí una gran justicia: «Istum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla isi in armis spes est»”. *El Príncipe*, XXVI, 162. La misma sentencia volverá a ser citada y utilizada por Maquiavelo, bajo el mismo talante, en el capítulo XII del Libro III de los *Discursos*, titulado “Cómo un capitán prudente debe imponer a sus soldados la necesidad de combatir y quitársela a los enemigos”.